

**Sevket PAMUK y Jeffrey G. WILLIAMSON (eds.), *The Mediterranean Response to Globalization before 1950*, Routledge, Londres, 2000, 430 pp.**

Como en cualquier otra disciplina, en historia económica la elaboración de hipótesis está fuertemente condicionada por la disponibilidad de información. Pocos casos hay en que esto sea más evidente que el del análisis de la periferia mediterránea. Durante décadas se ha carecido de información cuantitativa sistemática para la mayor parte de los países del área, y ello ha supuesto que las experiencias de aquéllos para los que existían más datos (Portugal, España e Italia) fueran percibidas durante mucho tiempo por los historiadores en clave de excepcionalidad. La falta de adecuación de esas tres economías (especialmente de las dos primeras) a la experiencia de los países del Norte de Europa se convirtió durante mucho tiempo en un problema historiográfico esencial para el que se buscaron respuestas en todos los ámbitos.

Poco a poco, no obstante, el aumento gradual de información sobre los países peor conocidos de Europa ha ido mostrando que ni las economías ibéricas constituyeron un caso tan excepcional ni la experiencia de los países más avanzados del continente proporciona un modelo generalizable. Al tiempo que se desvelaban más y más datos sobre las economías de Europa Oriental, los Balcanes, los territorios bajo dominio otomano o el Norte de África se ha ido consolidando la idea de que las dificultades de España y Portugal para industrializarse y converger durante lo que podríamos llamar la «primera globalización» fueron compartidas por un gran número de países. Europa ha resultado ser, en este sentido, una realidad mucho más continua y mucho menos impredecible de lo que indicaban los primeros análisis de la industrialización periférica. Y, como consecuencia, la interpretación de la experiencia española (y también portuguesa) se ha enriquecido enormemente.

En ese contexto, y tal como indican sus editores en la presentación introductoria (pp. 12-13), el objetivo esencial del libro que aquí se comenta es, precisamente, llenar en lo posible las lagunas de información sobre los países de la periferia mediterránea que aún subsisten y que siguen todavía dificultando la comparación entre sus experiencias históricas. Y puede afirmarse sin matices que el objetivo ha sido alcanzado con creces y que nos hallamos ante un volumen de enorme interés para el historiador de la economía española.

La obra recopila parte de las contribuciones al Congreso celebrado en Estambul entre el 4 y el 6 de junio de 1998 sobre el tema de la respuesta mediterránea a la globalización. Se trata de un conjunto de trece artículos (sin contar la introducción) centrados en el estudio de las economías mediterráneas entre mediados del siglo XIX y mediados del siglo XX. Tratados con un grado de profundidad variable, en el texto están presentes Portugal, España, el mediodía francés, Italia, el conjunto de los países balcánicos, Anatolia, Palestina, Egipto o el Magreb, conformando un conjunto extremadamente heterogéneo

pero con una serie de rasgos comunes de carácter climático, histórico y cultural que no son en absoluto despreciables.

Como indica el título del libro y del congreso en el que se originó, el principal objetivo de ese conjunto de trabajos es estudiar la respuesta de las economías mediterráneas al estímulo que supuso el proceso de globalización iniciado en las décadas centrales del siglo XIX. Así, la mayor parte de las contribuciones incluidas en el volumen analizan las transformaciones experimentadas por las economías del área durante el periodo, las dificultades que encontraron para incorporarse al proceso de convergencia que se puso en marcha de forma paralela a la propia globalización, y las respuestas que se diseñaron en el ámbito de la política económica.

En ese contexto, los dos capítulos iniciales ofrecen, respectivamente, un estudio de la situación de esas economías al principio del proceso de globalización y convergencia internacional y una síntesis de los efectos que dicho proceso tuvo sobre las mismas. Para comenzar, Jaime Reis realiza una aproximación a los niveles de renta per cápita de los países del Sur de Europa a mediados del siglo XIX, proporcionando una alternativa a las estimaciones más habituales, basadas en la retroproyección de datos del siglo XX. A partir de información sobre el sector agrario, contrastada con datos de consumo de bienes de lujo, de alturas y de mortalidad, el autor acaba reforzando la idea de la desventaja de esas economías con respecto a la periferia del Norte de Europa. Se atesta de este modo un golpe adicional a la hipótesis del «impoverished sophisticate» de Sandberg y se subraya la importancia de conocer la situación previa a 1850 (en la cual, por otro lado, lo más determinante era el nivel de productividad agraria) para entender la posterior experiencia divergente de esas dos periferias. El texto de Reis es, en cualquier caso, tan sugerente como desalentador, en tanto que da repetidas muestras de los amplios márgenes de error que todavía afectan a las estimaciones de renta per cápita de los países periféricos durante el siglo XIX.

En su trabajo, Jaime Reis descarta el uso sistemático de información salarial advirtiendo para ello su falta de comparabilidad entre países. En contraste, los salarios constituyen la base fundamental sobre la que se apoya Jeffrey Williamson en su síntesis de la experiencia mediterránea durante la etapa de la primera globalización. Entre sus conclusiones, destaca sin duda la importancia que este autor concede a la etapa preindustrial a la hora de explicar la divergencia entre el Mediterráneo y Gran Bretaña en la segunda mitad del siglo XIX. En este sentido, Williamson coincide ampliamente con las hipótesis sugeridas en el artículo previo por Jaime Reis. Por otro lado, avanzando en el tiempo, son de gran interés sus consideraciones sobre la influencia que pudieron tener sobre la falta de convergencia las situaciones de «subemigración», muy frecuentes en el Mediterráneo y prácticamente desconocidas en el Norte de Europa a finales del siglo XIX. Y, finalmente, el autor resalta la enorme complejidad de la situación de las economías analizadas al mostrar que las políticas de aislamiento aplicadas por los países mediterráneos ante los riesgos de la globalización tuvieron unos efectos sobre el crecimiento que variaron ampliamente según los países.

La última de las contribuciones del libro que adopta una perspectiva global es la de James Foreman-Peck y Pedro Lains. Estos dos investigadores intentan ofrecer un marco explicativo formal para los niveles de renta per cápita de los países europeos entre 1870

y 1910, con el objetivo básico de localizar los factores fundamentales de la divergencia mediterránea. El fracaso relativo de su intento constituye la mejor confirmación de la importancia, subrayada previamente por Reis y Williamson, de los rasgos estructurales heredados de época preindustrial. Así, de acuerdo con el modelo de Foreman-Peck y Lains, las diferencias entre la renta per cápita de los países europeos durante el periodo podrían explicarse, parcialmente, a partir de las diferencias (por orden de importancia) en analfabetismo, nivel de protección arancelaria y recursos naturales. Pero, como los propios autores indican, el nivel que las dos primeras variables tenían en cada país exige a su vez una explicación. Y, lo que es aún más revelador, en ocasiones, la mitad de la distancia entre niveles de renta per cápita parece haberse debido «a factores específicos de cada país» (p. 97) y no a las variables mencionadas.

Tras las aproximaciones generales, el libro ofrece un conjunto de investigaciones sobre aspectos concretos del proceso de globalización. El mensaje de estos trabajos está claro: a partir de mediados del siglo XIX, la creciente integración de los mercados mundiales abrió en los países mediterráneos oportunidades sin precedentes para especializarse de acuerdo a su ventaja comparativa. No obstante, la capacidad para responder a la nueva situación varió notablemente entre países y, en muchos casos, los obstáculos al crecimiento económico fueron tan o más fuertes que las nuevas oportunidades que se habían abierto.

Avanzando en esta dirección, dos investigaciones profundizan en lo ocurrido en los mercados de dos productos típicamente mediterráneos: el aceite de oliva (artículo de Ramon Ramon) y las frutas secas (artículo de Morilla, Olmstead y Rhode). En ambos casos se pone de manifiesto la oportunidad que supuso para los países mediterráneos la expansión de los mercados mundiales y del comercio transatlántico a partir de 1870. Pero, al mismo tiempo, se constata la diferente aptitud de los productores de cada país para responder a las nuevas condiciones de la demanda. En los dos trabajos se observa la dificultad que, en los países más pobres del área, tuvieron los sectores productivos respectivos para ofrecer aceite y frutas de alta calidad. A pesar de poderse vender a un precio más elevado, su expansión estaba limitada por la exigencia de una dotación suficiente de tecnología y capital humano, un recurso «nebuloso» y difícil de medir, como indican Morilla, Olmstead y Rhode, pero claramente significativo. Si en el caso del aceite ello se tradujo que los segmentos superiores del mercado fueran ocupados por Francia, Italia y (con mucho mayor retraso) España, en el caso de la fruta seca, fue la producción californiana la que acabó satisfaciendo casi en exclusiva la demanda de calidad.

El aceite de oliva y las frutas secas eran típicos productos de exportación y lo clave en esos casos fue la capacidad de cada país para adaptarse a los segmentos superiores del mercado. En contraste, en el caso del trigo los países mediterráneos estaban en una situación de desventaja relativa y la cuestión clave era hasta qué punto se protegerían los mercados interiores de la nueva competencia exterior. No obstante, existieron excepciones a esa situación, como la de la Macedonia bajo dominio otomano, que es analizada en el artículo de Ahmet Akarli. En este país, el trigo constituía antes de la globalización un típico producto de exportación. La llegada de producción extranjera se tradujo sobre todo en la pérdida de mercados exteriores y en la necesidad de buscar nuevas especializaciones en productos más intensivos. Éstas, sin embargo, se enfrentaron a un problema de escasez relativa de trabajo que acabó poniendo límites al proceso. Dado que la opción alter-

nativa de modernizar el sector cereal se enfrentaba también a serias restricciones, debido sobre todo a la debilidad del Sector Público del Imperio Otomano, las posibilidades de crecimiento económico del país fueron muy limitadas durante el periodo.

Al contrario de lo ocurrido en Macedonia, en Italia y España la globalización supuso la invasión del mercado interior de trigo por producción extranjera. En ambos casos, la reacción a la situación fue la elevación de barreras arancelarias para limitar la entrada del trigo foráneo. El impacto económico de la protección ha sido uno de los temas más tratados por la historiografía de los dos países, y el volumen recoge dos trabajos que se aproximan al tema desde perspectivas innovadoras. El primero de ellos, realizado por Giovanni Federico y Kevin O'Rourke, plantea y estima un modelo de equilibrio general con el objetivo de medir el impacto de la protección sobre el crecimiento económico italiano. Aunque el carácter fuertemente restrictivo de este tipo de modelos y la gran cantidad de supuestos en que están basados pueden plantear algunas dudas al lector sobre su aplicabilidad, las conclusiones de los autores, planteadas en forma de contrafactual, no carecen de interés. De acuerdo con sus estimaciones, en una situación alternativa sin protección la estructura sectorial de la economía italiana hacia 1911 hubiera sido muy diferente a la que en realidad fue, y bastante cercana a la de los años 20. Pero, en contraste, el nivel de producto interior bruto se hubiera visto escasamente modificado. Obviamente, se trata de una conclusión no generalizable a los casos de España o Portugal, puesto que Italia mantuvo durante el periodo una de las protecciones arancelarias más bajas de la Europa mediterránea.

Una de las lagunas del modelo de Federico y O'Rourke es que hace abstracción de la emigración exterior. Ésta es, por el contrario, es el centro de interés del trabajo de Blanca Sánchez Alonso sobre la economía española. La autora ofrece una nueva aproximación al impacto de la protección sobre la emigración española al exterior, indicando que la protección arancelaria debe considerarse, en el contexto de un modelo Heckscher-Ohlin, como un estímulo a las salidas de trabajadores, y no, como se asume habitualmente, como un freno a las mismas. Si la emigración española fue tan baja en los años 80 y 90 del siglo XIX, ello no se debió a la protección sino, fundamentalmente, a la depreciación de la peseta, que empeoró los ingresos de los potenciales emigrantes expresados en términos de moneda extranjera. Esta conclusión, que es claramente confirmada por los datos que maneja la autora, concuerda bien con la idea, reiterada a lo largo del libro, de que la emigración mediterránea estuvo restringida por los bajos ingresos de los trabajadores.

El libro se cierra con un epílogo en el que se analiza la experiencia de algunos países del área durante el periodo de Entreguerras. Se trata de trabajos que ofrecen un contrapunto interesante a los anteriores, al presentar a los países analizados en el contexto de unos mercados internacionales en regresión. Por otro lado, las dos experiencias estudiadas, la de Turquía (por Sevket Pamuk) y la de Palestina (por Jacob Metzger), son profundamente diferentes. En el primer caso, el gobierno siguió una estrategia de cierre al exterior. Se trataba de una política generalizada en el periodo, especialmente en aquellos países especializados en productos primarios que sufrieron una caída en su relación real de intercambio, pero que en el caso de la economía turca parece haber tenido consecuencias especialmente positivas. De hecho, la etapa de aislamiento de la economía turca habría inaugurado un proceso de crecimiento e industrialización que no perdería impulso hasta la década de 1960.

Palestina fue, durante el periodo del mandato británico, otro ejemplo de éxito económico pero, en este caso, en un contexto de apertura casi total. Esa situación se explica, de acuerdo con el artículo de Metzger, gracias a la enorme cantidad de recursos aportados por la inmigración judía durante la etapa, que permitió al país mantener un déficit comercial persistente sin ningún problema. Ello permite entender que Palestina tuviera su periodo de mayor crecimiento precisamente en los peores años de la Gran Depresión. De todas formas, si la experiencia palestina es interesante ya por sí misma, el texto de Metzger tendrá un interés adicional para el historiador español, ya que lo que se está describiendo en él es la aparición en el mercado del que sería el principal competidor de España en el sector de los cítricos.

El libro se completa con tres trabajos adicionales que, si bien no tratan directamente el tema de la respuesta de las economías mediterráneas a la globalización, ofrecen información interesante sobre tres países del área durante el periodo. En primer lugar, Joan Ramon Rosés proporciona una explicación de las características de la tecnología utilizada por la industria algodonera catalana en las décadas centrales del siglo XIX, en un marco comparativo. En segundo lugar, Gelina Harlafis y Vassilis Kardasis presentan lo que podría considerarse como una instantánea de la propia globalización, al describir el tráfico marítimo de Estambul en los años de tránsito entre los siglos XIX y XX. Y, finalmente, Tarik M. Yousef se plantea si el mercado interior egipcio estaba integrado en la década de 1920, obteniendo resultados positivos.

En síntesis, la obra comentada tiene un interés excepcional, tanto por la cantidad de información que proporciona como, sobre todo, porque constituye una herramienta de enorme utilidad para entender la propia evolución de la economía española, al proporcionar términos de comparación para la misma diferentes a los países del Norte de Europa. Un libro al que apenas pueden hacerse reproches, aparte de algunos descuidos en la recopilación de las referencias bibliográficas, puesto que prácticamente todas las contribuciones son de un alto nivel científico y se leen con interés. Un título imprescindible, desde mi punto de vista, para poder entender mejor la historia económica de nuestro país y de nuestro entorno más cercano.

ALFONSO HERRANZ LONCÁN